

EL DERBY DE KENTUCKY ES DECADENTE Y DEPRAVADO

Por Hunter S. Thompson

Me bajé del avión cerca de la medianoche y nadie me habló mientras cruzaba la oscura manga hacia el Terminal. El aire estaba denso y caliente, como si estuviese caminando en un baño de vapor. Dentro, la gente se abrazaba y se daba las manos...grandes sonrisas y gritos aquí y allá: "Por Dios! viejo *bastardo!* *Un gusto verte, hijo!* Te ves *demasiado* bien...eso es lo que *quiero decir!*".

En el salón con aire acondicionado, conocí a un hombre de Houston que dijo que su nombre era algo que no entendí—"pero llámame Jimbo"—que estaba aquí para pasarla bien. "Estoy listo para cualquier cosa, por Dios!". Para *cualquier* cosa. Qué estás bebiendo?". Yo había ordenado un Margarita con hielo, pero él no quería oír hablar de eso: "No, no, qué tipo de trago es ése para el Derby de Kentucky? Qué te sucede, muchacho?". Él sonrió y le hizo un guiño al encargado del bar. "Maldita sea, vamos a educar a este muchacho. Tráele un poco de buen *whisky*".

Me encogí de hombros: "Ok, un Old Fitz doble con hielo" Jimbo asintió con entusiasmo.

"Mira". Él me cogió del brazo para estar seguro de que yo estaba escuchándolo. "Yo conozco a la gente del Derby, vengo cada año aquí, y déjame decirte una cosa que he aprendido-esta no es una ciudad en que puedas darle a la gente la impresión de que eres un marica. Mierda, ellos te atropellarán en un minuto, te golpearán en la cabeza y te robarán cada centavo que traigas en los bolsillos"

Le agradecí mientras guardaba un Marlboro en mi cigarrera. "Hey", dijo, "tú parece estar dentro del negocio de los caballos, cierto?"

"No", le dije, "Soy fotógrafo".

"Ah sí?". Miró mi gastado bolso de cuero con interés. "Es eso lo que tienes dentro—cámaras? Para quién trabajas?"

"*Playboy*", le dije.

Se rió. "Bien, maldita sea! De qué vas a tomar fotos aquí—caballos desnudos? Ja!. Sospecho que tú tendrás que trabajar muy duro cuando ellos corran en Kentucky Oaks. Esa carrera es sólo para yeguas". Volvió a reírse salvajemente. "Claro que sí! y todas ellas estarán desnudas!".

Moví mi cabeza sin decir nada; sólo lo observé un segundo, tratando de parecer preocupado. "Habrá problemas", dije. "Mi trabajo es tomar fotos de las protestas".

"Qué protestas?"

Dudé, haciendo girar el hielo en mi vaso. "En la pista. El día del Derby. Las Panteras Negras". Lo miré de nuevo. "No leíste los periódicos?"

La sonrisa de su rostro se desvaneció. "De qué mierda estás hablando?"

"Bien, quizás no debería decírtelo...". Me encogí de hombros. "Pero demonios, todo el mundo parece saberlo. La Policía y la Guardia Nacional se han estado preparando por seis semanas. Hay 20.000 soldados en alerta en Fort Knok. Ellos nos han advertido—a la prensa y los fotógrafos—que usemos cascos y ropas especiales, por ejemplo chalecos antibalas. Nos dijeron que esperaban tiroteos..."

"No!", gimió; sus manos se agitaron y quedaron suspendidas por un momento entre nosotros, como si trataran de evitar lo que había escuchado. Después golpeó su puño contra la barra del bar. "Esos hijos de puta! Dios todopoderoso! El Derby de Kentucky!". Movía su cabeza desesperadamente. "No! *Jesús!* Es demasiado horrible para creerlo!" Ahora parecía estar hundiéndose en la banca, y cuando me miró sus ojos estaban llorosos. "Por qué? Por qué *aquí?* Ya no respetan *nada?*"

Me encogí de hombros. "No sólo son las Panteras- El FBI dice que autobuses llenos de blancos desquiciados han venido de todo el país—para mezclarse con la multitud y atacar al mismo tiempo, desde todas las direcciones. Ellos se vestirán de forma normal, como cualquier persona. Tú me entiendes—abrigo y corbatas y todo eso. Pero cuando los problemas comiencen...por eso es que la Policía está tan preocupada."

Se sentó por un instante, mirando alrededor con desconcierto, sin ser capaz todavía de digerir todas esas terribles noticias. Luego se largó a llorar: "Oh...*Jesús!* Qué está pasando en este país, en el nombre de Dios? Adónde podemos estar *lejos* de esa gente?"

"No aquí" le dije, tomando mi bolso. "Gracias por el trago...y buena suerte."

Me agarró del brazo, urgiéndome a que me tomara otro trago, pero le dije que estaba atrasado, pues debía llegar al Club de Prensa y prepararme para el terrible espectáculo. En un kiosco del aeropuerto tomé un *Courier Journal* y revisé los titulares: "Nixon envía soldados a Camboya para derrotar a los rojos...". "Ataque de B-52, 20.000 soldados avanzan 30 kilómetros...". "4.000 soldados del Ejército desplegados cerca de Yale mientras crece la tensión por próxima protesta de las Panteras". Al fondo de la página había una foto de Diane Crump, que pronto sería la primera mujer en participar como jinete en el Derby de Kentucky. El fotógrafo la había retratado "parada en los establo, acariciando a su montura, Fathom." El resto del diario estaba salpicado de horribles noticias sobre la guerra e historias de los "disturbios estudiantiles". No había ninguna mención acerca de los problemas que se avecinaban en una universidad de Ohio llamada Ken State.

Fui a la recepción del Hertz para recoger mi auto, pero el pálido libertino a cargo me dijo que no tenían ninguno. "Ya no puedes rentar uno en ninguna parte", me aseguró. "Nuestras reservaciones para el Derby se cerraron hace seis semanas". Le expliqué que mi agente había confirmado un Chrysler convertible blanco para mí esa misma tarde, pero él movió negativamente la cabeza. "Quizás tendremos que cancelarlo. Donde se está quedando?"

Me encogí de hombros. "Donde se quedan las personas de Texas? Yo quiero estar con mi gente."

Él suspiró. "Amigo, estás en problemas. Esta ciudad está totalmente *repleta*. Siempre es así para el Derby."

Me acerqué a él, susurrándole: "Mira, yo trabajo en *Playboy*. Te gustaría trabajar ahí?"

Él retrocedió rápidamente. "Qué? Vamos, no bromees. Qué tipo de trabajo?"

“Olvídalo”, le dije. “Acabas de desperdiciar tu oportunidad”. Arrastré mi bolso por el mostrador y me fui a buscar un taxi. El bolso es una propiedad valiosa en esta clase de trabajo; el mío tiene muchas etiquetas: San Francisco, New York, Lima, Roma, Bangkok, ese tipo de cosas—y la etiqueta más importante de todas, recubierta de plástico, casi oficial, que dice: “Fotógrafo, Rev. Playboy”. Se lo compré a un chulo en Vail, Colorado, y él me recomendó como usarlo. “Nunca menciones Playboy hasta que estés seguro que ellos hayan visto la etiqueta primero”, me dijo. “Luego, cuando veas que se han dado cuenta, es el momento de atacar. Siempre se lo tragan. Esta cosa es mágica, te lo digo. Pura magia.”

Bueno...quizás. Había resultado con el pobre cretino del bar, y ahora mientras el taxi amarillo zumbaba camino hacia la ciudad, me sentí un poco culpable de llenar los sesos del aquel incauto con esas malignas ideas. Pero qué diablos? Cualquiera que vaya por el mundo diciendo, “Claro que sí, soy de Texas”, merece que le suceda lo peor. Y él había venido una vez más para transformarse en un asno del siglo XIX en medio de una asfixiante locura heredada sin nada que recomendar salvo una tradición que vender. Muy temprano en nuestra conversación, Jimbo me había dicho que no se había perdido un Derby desde 1954. “Mi pequeña dama no vendrá de todas formas,” dijo. “Ella apretó los dientes y me dejó libre esta vez. Y cuando yo digo “libre” quiero decir libre! Me gasté diez dólares como si nada! Caballos, whisky, mujeres...mierda, hay mujeres en esta ciudad que harían de todo por dinero.”

Por qué no? El dinero es una buena cosa en estos tiempos perversos. Aún Richard Nixon lo necesita. Unos pocos días antes del Derby había declarado, “si yo tuviera dinero, lo invertiría en la Bolsa de Valores”, mientras la Bolsa continuaba su terrible caída.

El día siguiente fue agotador. Con sólo treinta horas antes de la carrera, no tenía credenciales de prensa y—de acuerdo al editor de deportes del Courier-Journal de Louisville—ninguna esperanza de conseguirme una. Peor aún, yo necesitaba dos de ellas: una para mí y otra para Ralph Steadman, el dibujante inglés que habían mandado desde Londres para realizar algunos dibujos del Derby. Todo lo que sabía sobre él era que ésta sería su primera visita a los Estados Unidos. Y mientras más pensaba sobre este hecho, más miedo me daba. Cómo podría él soportar el atroz shock cultural que significaba ser arrancado de Londres y arrojado dentro de la turba embrutecida por el alcohol del Derby de Kentucky? No había forma de saberlo. Afortunadamente, llegaría al menos un día o más antes, y tendría tiempo de aclimatarse. Tal vez unas pocas horas de pacífico descanso en Bluegrass, cerca de Lexington. Mi plan era recogerlo en el aeropuerto en el enorme Pontiac Ballbuster que había arrendado a un vendedor de autos usados de nombre Coronel Quick, para luego llevarlo a algún tranquilo entorno que le recordara Inglaterra.

El Coronel Quick había resuelto el problema del auto, y el dinero (cuatro veces el precio normal) había comprado dos cuartos de una ratonera en los suburbios de la ciudad. Él único problema por resolver era el de convencer a los poderosos de Churchill Downs que Scanlan’s era una revista deportiva tan prestigiosa que el sentido común los obligara a darnos dos credenciales de las mejores que tenían para prensa. Esto no fue fácil de lograr. Mi primera llamada a la oficina de publicidad había resultado un fracaso total. El encargado de prensa estaba choqueado con la idea de que hubiera alguien tan estúpido para solicitar pases de prensa dos días antes del Derby. “Mierda, no puedes estar hablando en serio,” dijo. “El plazo final se cerró hace dos meses. El salón de prensa está lleno; no hay más espacio...y de todas formas de dónde diablos es Scanlan’s Monthly?”

Lancé una sonora queja. “No te llamó la oficina de Londres? Ellos enviaron un artista para hacer los dibujos. Steadman. Es irlandés, creo. Muy famoso allá. Sí. Yo lo conocí en la costa. La oficina

de San Francisco nos dijo que todos tendríamos credenciales.”

Él parecía interesado, incluso simpático, pero no había nada que pudiera hacer. Lo estuve adulando con más palabrería, y finalmente me ofreció un compromiso: nos entregaría dos pases para entrar a los jardines del Club, pero el Club mismo y especialmente el Salón de Prensa estaban prohibidos.

“Eso suena un poco extraño,” le dije. “Es inaceptable. Nosotros tenemos que tener acceso a todo. Todo. El espectáculo, la gente, la pompa y ciertamente la carrera. No crees que hemos viajado hasta aquí para ver la maldita carrera por televisión, o sí? De una manera u otra, entraremos. Quizás sobornaremos a un guardia—o tal vez lanzaremos gas lacrimógeno sobre alguien” (me había comprado un envase de Mace en una farmacia del centro por \$5.98 y de repente, en medio de la conversación telefónica, se me había cruzado la espantosa idea de usarlo en la pista. Rociar a los porteros que cuidaban las angostas puertas del sitio sagrado, luego entrar rápidamente al interior, encendiendo una gran cantidad de Mace en el salón del gobernador, justo antes que la carrera comenzara. O lanzarle gas lacrimógeno a borrachos indefensos en el vestíbulo del Club, por su propia seguridad...)

Para el mediodía del viernes todavía estaba sin credenciales de prensa y aún no había localizado a Steadman. Quizás él hubiera cambiado de idea y se hubiese vuelto a Londres. Finalmente, después de darme por vencido con Steadman y haber intentado infructuosamente de convencer al hombre de la oficina de prensa, decidí que mi única esperanza de obtener las credenciales era ir a la pista y enfrentarlo en persona, sin advertencia—pidiéndole sólo un pase esta vez, en vez de dos, y hablando rápido y con un extraño tono en mi voz, como un hombre a punto de estallar tratando de controlarse. En el camino, me detuve en el despacho del motel para cobrar un cheque. En ese momento, tuve una loca idea, y le pregunté si por casualidad se había registrado allí un señor Steadman.

La mujer en el despacho tenía alrededor de 50 años y lucía de manera peculiar; cuando yo mencioné el nombre de Steadman ella asintió, sin dejar de mirar lo que estuviera escribiendo, y dijo en voz baja, “podrías apostar a que sí.” Luego me sonrió. “Sí, en efecto, el señor Steadman acaba de irse a la pista. Es su amigo?”

Moví la cabeza. “Se supone que estoy trabajando con él, pero ni siquiera sé como está vestido. Y ahora, maldita sea, tendré que encontrarlo entre la multitud.”

Ella se rió entre dientes. “Usted no tendrá ningún problema para hallarlo. Podría encontrar a ese hombre en medio de cualquier gentío”

“Por qué?” le pregunté. “Qué hay de malo en él? Cómo luce?”

“Bien...” dijo, todavía sonriendo, “Es la persona más divertida que yo haya visto en mucho tiempo. Él tiene ese...ese bulto por toda la cara. De hecho por toda su cabeza.” Ella asintió. “Usted lo reconocerá cuando lo vea; no se preocupe por eso.”

Dios Santo, pensé. Eso jodía lo de las credenciales. Tuve la visión de algún cretino muy nervioso, todo cubierto de pelo y verrugas presentándose en la oficina de prensa y pidiendo los pases de prensa del Scanlan’s. Bueno, qué diablos? Podríamos llenarnos de ácido y pasar todo el día vagando por los jardines del Club con algunos bosquejos garrapateados, riéndonos históricamente de los nativos y bebiendo vasos de menta para que los policías no pensarán que éramos anormales. Incluso podríamos cobrar; instalaríamos un caballete con un gran cartel que

dijera: "Artista extranjero hace retratos, \$10 dólares cada uno. Venga AHORA!"

Tomé la vía rápida hacia la pista, conduciendo a toda velocidad y haciendo saltar el gigantesco auto de un lado a otro de los carriles, con una cerveza en una mano y la mente tan confusa que estuve a punto de chocar con un Volkswagen lleno de monjas, cuando giré para tomar la salida de la derecha. Todavía existía una remota posibilidad, pensaba, de atrapar al monstruoso británico antes que se registrara.

Pero Steadman ya estaba en el salón de prensa cuando llegué, era un joven inglés de barba que usaba un abrigo de lana y anteojos de la RAF. No había nada de extraño en él. Ninguna vena facial, o huellas de verrugas con pelos. Le mencioné la descripción que me hizo la mujer y se quedó confuso. "No te preocupes por eso," le dije. "Sólo ten en mente por los próximos días de que estamos en Louisville, Kentucky, no en Londres. Ni siquiera en New York. Este es un lugar extraño. Tienes suerte de que esa enferma del motel no sacara una pistola de la caja registradora y te volara los sesos." Me reí, pero él parecía preocupado.

"Sólo finge que has venido de visita a este hospital psiquiátrico," le dije. "Si los tipos se vuelven locos vamos a llenarlos de Mace." Le mostré el envase de "Chemical Billy," resistiendo la tentación de diseminarlo a través del cuarto, donde un hombre con cara de rata tipeaba con diligencia en la sección de Asociados de Prensa. Estábamos parados en el bar, sorbiendo el Scotch de la dirección y felicitándonos de nuestra repentina e inexplicable suerte de recibir dos credenciales de prensa de las mejores. La mujer en el despacho había sido muy amistosa con él, dijo Ralph. "Sólo le dije mi nombre y ella lo hizo todo."

Para media tarde estaba todo bajo control. Teníamos asientos para mirar la línea de llegada, televisión a color y barra libre en el salón de prensa, y una selección de pases que nos daba entrada a cualquier lugar desde la azotea del Club hasta el cuarto de jockeys. La única cosa que nos faltaba era acceso ilimitado al lugar sagrado del Club, las secciones "F&G"...y yo sentía que lo necesitaríamos, para ver a la nobleza del whisky en acción. El gobernador, un cerdo, un mercenario neonazi llamado Louis Nunn, estaría en la sección "G", junto con Barry Goldwater y el Coronel Sanders. Presentía que estaríamos bien en un cuarto dentro de la sección "G" donde podríamos descansar y beber mentas, empaparnos un poco de la atmósfera y de las especiales vibraciones del Derby.

Los bares y los salones de comida también estaban en las secciones "F&G" y los bares del Club constituyen una escena muy especial. Junto con los políticos, todas las bellezas de sociedad y los jefes locales de comercio, cada loco vanidoso que tuviera alguna pretensión en 500 kilómetros a la redonda de Louisville se mostraría allí, pavoneándose borracho y sobando muchos lomos de forma descarada. El bar de Paddock es probablemente el mejor lugar en la pista para sentarse y observar caras. A nadie le importa ser observado allí; para eso están en ese lugar. Algunos pasan casi todo su tiempo en el Paddock; se sientan en una de las muchas mesas de madera, se echan hacia atrás en las cómodas sillas y observan los siempre-cambiantes y extraños flashes que aparecen y desaparecen de la gran pantalla que está fuera de la ventana. Meseros negros vestidos con chaquetas de servicio blancas atraviesan la multitud con bandejas llenas de vasos, mientras los expertos observan sus cartillas y los apostadores asaltados por corazonadas escogen números al azar o revisan las listas en busca de nombres que les suenen bien. Hay un constante flujo de tráfico desde y hacia las ventanillas de apuestas afuera de los pasillos de madera. Luego, a medida que se acerca el comienzo de la carrera, la multitud se diluye y la gente regresa a sus salones.

Con seguridad, nosotros tendríamos que imaginar alguna forma de pasar más tiempo en el Club

mañana. Pero los pases de prensa para "dar una vuelta" en las secciones "F&G" eran válidas por 30 minutos cada vez, presumiblemente para permitir a los tipos de la prensa correr dentro y fuera para tomar fotos o hacer rápidas entrevistas, pero evitando que vagabundos como Steadman y yo pasáramos todo el día en el Club, acosando a la nobleza y revolviendo las extrañas carteras de mano mientras cruzábamos los salones. O que lanzáramos Mace al gobernador. No había límite de tiempo el viernes, pero el día del Derby los pases para dar una vuelta serían muy demandados. Y considerando que tomaba cerca de 10 minutos ir desde el salón de prensa hasta el Paddock, y 10 minutos regresar, eso no dejaba mucho tiempo para observar seriamente a la gente. Y a diferencia de muchos otros en el salón de prensa, nos importaba un comino lo que sucediera en la pista. Nosotros habíamos venido para ver a las verdaderas bestias actuar.

El viernes en la tarde, salimos a la terraza del salón de prensa y yo traté de describir la diferencia entre lo que veíamos ahora y lo que ocurriría mañana. Esta era la primera vez que venía a un Derby en 10 años, pero antes de eso, cuando vivía en Louisville, yo solía venir cada año. Ahora, mirando desde el salón de prensa, apunté al gran prado verde encerrado por la pista. "Todo ese lugar," le dije, "estará repleto de gente; 50 mil o más, y muchos de ellos se caerán de borrachos. Es una escena fantástica: miles de personas desmayándose, llorando, copulando, pisoteándose unos a otros y peleando con botellas de whisky rotas. Tendremos que pasar algo de tiempo allí, pero es difícil moverse, hay demasiados cuerpos."

"Es seguro allí?" Podremos regresar?"

"Seguro," le dije. "Sólo debemos tener cuidado de no pisar el estómago de nadie e iniciar una pelea". Me encogí de hombros. "Demonios, lo que sucederá al interior del Club, justo detrás de nosotros, será casi tan malo como en el campo. Miles de borrachos tambaleantes y locos, poniéndose cada vez más furiosos a medida que pierden más y más dinero. Para media tarde ellos estarán tragando vasos de menta con ambas manos y vomitándose unos a otros entre carreras. El lugar completo estará rebosante de cuerpos, pegados hombro a hombro. Es difícil moverse ahí. Los pasillos estarán manchados con vómito; la gente se caerá y se agarrará de tus piernas para evitar ser pisoteados. Borrachos meándose en las ventanillas de apuestas. Dejando caer puñados de dinero y peleando para agacharse y recogerlos."

Él estaba tan nervioso que me reí. "Sólo estoy bromeando," le dije. "No te preocupes. Al primer indicio de peligro empezaré a rociar este "Chemical Billy" a la gente."

Él había hecho algunos buenos bosquejos, pero hasta el momento no habíamos visto ese tipo de rostro tan especial que sentía que necesitaríamos para un dibujo perfecto. Era un rostro que yo había visto miles de veces cada vez que había venido al Derby. Lo recordaba, en mi mente, como la imagen de la nobleza del whisky—una mezcla pretenciosa de trago, sueños rotos y una crisis total de identidad; el resultado inevitable de matrimonios entre familiares en una cultura cerrada e ignorante. Una de las claves genéticas de la reproducción de perros, caballos y cualquier otro tipo de pura sangre es que la endogamia tiende a magnificar los puntos débiles de un linaje tanto como los factores fuertes. En la reproducción de caballos, por ejemplo, hay un riesgo grande en cruzar dos caballos rápidos que son al mismo tiempo un poco locos. La prole será muy rápida, pero también muy loca. Así que el secreto de la reproducción de puras sangres es retener los rasgos positivos y eliminar los negativos. Pero la reproducción de humanos no ha sido supervisada con sabiduría, particularmente en la cerrada sociedad sureña donde el tipo más radical de endogamia no sólo está aceptado, sino que es mucho más conveniente—para los padres—que permitir a sus hijos elegir libremente a sus parejas, por las razones y en las formas que ellos consideraran convenientes. ("Maldita sea, supiste los de la hija de Smitty? Se volvió loca y se casó en Boston con un negro la semana pasada!")

Así que el rostro que intentaba encontrar en Churchill Downs ese fin de semana era un símbolo, para mí, de toda esa maldita cultura heredada que hace del Derby de Kentucky lo que es.

En nuestro camino de vuelta al motel después de las carreras del viernes le advertí a Steadman de algunos problemas con los que tendríamos que lidiar. Ninguno de nosotros había traído droga, fuese extraña o no, así que tendríamos que conformarnos con el alcohol. "Tienes que tener en mente," le dije, "que casi todo las personas con las que tú hables desde ahora en adelante estará borracha. Gente que parece muy amable a primera vista puede comenzar a discutir contigo, repentinamente, sin ninguna razón" Él asintió, mirando desconcertado. Parecía estar un poco perdido y traté de animarlo invitándolo a cenar esa noche, con mi hermano.

De regreso en el motel, hablamos un rato sobre Estados Unidos, el Sur, Inglaterra—para relajarnos un poco antes de la cena. No había forma de saber, en ese momento, que sería la última conversación relativamente normal que tendríamos. Desde ese punto, el fin de semana se transformó en una borrachera viciosa, en una pesadilla. Quedamos completamente destrozados. El principal problema fue mi anterior apego a Louisville, que me llevaba naturalmente a organizar reuniones con viejos amigos, parientes, etc., muchos de los cuales estaban en pleno proceso de desmoronamiento, volviéndose locos, preparando divorcios, derrumbándose bajo la presión de terribles deudas o recuperándose de horribles accidentes. Justo en la mitad de aquella locura del Derby, un miembro de mi propia familia tuvo que ser internado en una clínica psiquiátrica. Eso agregó una cantidad cierta de tensión a la situación, y dado que el pobre Steadman no tuvo ninguna posibilidad de elegir sino aceptar lo que le viniera encima, él tuvo que enfrentar shock tras shock.

Otro problema fue su hábito de retratar a la gente que conocía en las muchas situaciones sociales a las que yo lo arrastraba--y luego regalarles los dibujos. Los resultados fueron siempre desafortunados. Le advertí muchas veces sobre permitir a los sujetos ver sus horrible dibujos, pero por alguna perversa razón continuaba haciendo lo mismo. En consecuencia, comenzó a ser visto con miedo y asco por casi cada persona que veía o incluso escuchaba sobre su trabajo. Él no podía entenderlo. "Es una broma," insistía. "Por qué se enojan? En Inglaterra es absolutamente normal. La gente no se molesta. Ellos entienden que sólo estoy haciendo una caricatura."

"A la mierda Inglaterra," le dije. "Esto es el centro de Estados Unidos. Esta gente considera que tú los estás insultando brutalmente. Mira lo que pasó anoche, pensé que mi hermano te arrancaría la cabeza."

Steadman movió su cabeza tristemente. "Pero él me agrada, me pareció un tipo muy honrado y decente."

"Mira, Ralph," le dije. "Dejémonos de bromas. Tú le regalaste un retrato horrible. Era la cara de un monstruo. Se lo tomó muy mal." Me encogí de hombros. "Por qué diablos crees que nos fuimos del restaurante tan rápido?"

"Pensé que había sido por lo del Mace", le dije.

"Qué Mace?"

Él sonrió. "No te acuerdas que tú le lanzaste Mace al mesero?"

"Maldición, eso no fue nada," le dije. "Fallé...y de todas formas teníamos que irnos."

“Pero nos cayó a nosotros,” me dijo. “El cuarto estaba lleno de ese puto gas, tu hermano no podía parar de estornudar y su esposa estaba llorando. Me dolieron los ojos por dos horas. Yo no podía ver lo que dibujaba mientras regresábamos al hotel.”

“Es cierto,” le dije. “Esa cosa cayó en su pierna, no es verdad?”

“Ella estaba enojada,” me dijo.

“Sí, bueno, de acuerdo...sólo imaginemos que la cagamos por partes iguales esta vez,” le dije. “Pero desde ahora en adelante tendremos cuidado cuando haya gente que conozca. Tú no vas a dibujarlos y yo no les lanzaré gas lacrimógeno. Vamos a relajarnos y a beber.”

“Claro”, dijo. “Seremos nativos.”

Era sábado en la mañana, el día de la gran carrera, y nosotros desayunamos en un palacio de hamburguesa plástica llamado el “Pueblo del Pescado y la Carne”. Nuestros cuartos estaban justo al frente, cruzando la calle, en el Hotel Brown Suburban. Había un comedor, pero la comida era tan mala que no pudimos soportarla. Las meseras parecían tener inflamadas las canillas; se movían muy lentamente, quejándose y maldiciendo a los “morenos” de la cocina.

A Steadman le gustó el “Pueblo del Pescado y la Carne” porque tenían pescado y papas fritas. Yo prefería las tostadas, que en realidad eran pasta de panqueque, freída hasta alcanzar un determinado grosor y después cortada y trozada en una especie de molde para galletas que imitaba la forma de las tostadas.

Más allá del alcohol y la falta de sueño, nuestro único problema real en este punto era el asunto del acceso al Club. Finalmente, decidimos seguir adelante y robar dos pases, si era necesario, más que perdernos esa parte de la acción. Esta fue la última decisión coherente que fuimos capaces de tomar por las próximas 48 horas. Desde aquí en adelante—casi desde el instante en que partimos hacia la pista—perdimos todo control de los acontecimientos y pasamos el resto del fin de semana agitándonos en un océano de horrores. Mis notas y pensamientos sobre el Derby están un tanto mezclados.

Pero ahora, mirando el gran cuaderno rojo que llevé durante todo ese fin de semana, entiendo más o menos lo que sucedió. El cuaderno en sí está roto y arrugado; algunas de las páginas fueron arrancadas, otras están arrugadas y manchadas con lo que parece ser whisky, pero tomado como un todo, con esporádicos flashes de mi memoria, las notas parecen contar la historia. Por ejemplo:

Llovió toda la noche hasta el amanecer. No dormimos. Jesús, aquí vamos, una pesadilla de barro y demencia...pero no. Para el mediodía el sol iluminaba todo—un día perfecto, sin humedad.

Steadman está ahora preocupado por el fuego. Alguien le contó que el Club se había incendiado dos años atrás. Podría volver a suceder? Sería Horrible. Quedaríamos atrapados en el salón de prensa. Un Holocausto. Cien mil personas peleando por escapar. Borrachos gritando entre las llamas y el barro, caballos enloquecidos corriendo por todas partes. Estaríamos ciegos por el humo. Las tribunas desmoronándose en un mar de llamas con nosotros en el techo. El pobre Ralph está por sufrir una crisis nerviosa. Bebe de forma brutal en el Haig & Haig.

Fuera de la pista en nuestro taxi, evitando ese terrible estacionamiento abarrotado de gente, a \$ 25 dólares el sitio, viejos desdentados indican espacios para los autos con grandes carteles que dicen: ESTACIONAR AQUÍ. “Qué bien, muchacho, olvida los tulipanes”. El cabello desordenado

en su cabeza, parado como si fuera una mata de juncos.

Las veredas llenas de personas, todas moviéndose en la misma dirección, hacia Churchill Downs. Chicos llevando coolers y mantas, quinceañeros vestidos con apretados bañadores de color rosa, muchos negros...tipos negros con sombreros de fieltro blanco y cintas de piel de leopardo, policías dirigiendo el tránsito.

La multitud se agrupaba muchas cuerdas alrededor de la pista; avanzamos lentamente entre la gente, el calor era excesivo. Mientras caminábamos hacia el ascensor que conducía al salón de prensa, dentro del Club, nos encontramos con una hilera de soldados que llevaban largas lumas blancas. Cerca de dos pelotones, con cascos. Un hombre que caminaba al lado nuestro dijo que esperaban al gobernador. Steadman los observó nerviosamente: "Por qué llevan esos garrotes?"

"Panteras Negras," le dije. Entonces recordé al buen "Jimbo" del aeropuerto y me pregunté que pensaría él en este momento. Probablemente estaría muy nervioso; el lugar estaba abarrotado de policías y soldados. Nos escurrimos a través de la multitud, pasamos muchas puertas, cruzamos el corral en que los jinetes traen a los caballos y desfilan por unos momentos antes de cada carrera para que los apostadores puedan echarles un vistazo. Cinco millones de dólares serán apostados hoy. Habrá muchos ganadores, aún más perdedores. Qué importa. La puerta de acceso al salón de prensa estaba repleta con gente tratando de entrar, gritándole a los guardias, mostrando extrañas credenciales: Chicago Sporting Times, Pittsburg Police Athletic League...todos ellos fueron rechazados. "Muévete, amigo, dale paso a los trabajadores de la prensa." Empujamos a la gente, entramos al ascensor y rápidamente subimos hasta el bar. Por qué no? Hagámoslo. Hoy es un día muy caluroso, no me siento bien, debe ser este clima horrible. El salón de prensa estaba fresco y aireado, había muchos cuartos que recorrer y asientos en la terraza para observar la carrera o mirar a la multitud. Nos conseguimos una hoja de apuestas y fuimos afuera.

Caras rosadas con un copete elegante del sur, viejo estilo de aristócrata, abrigos de algodón y cuellos abotonados. "Senilidad Floreciente" (frase de Steadman)... agotada desde el principio o quizás, sin fuerzas que agotar en primer lugar. Nada de energía en las caras, nada de curiosidad. Sufriendo en silencio, después de los treinta ya no se puede hacer nada en esta vida, sólo queda aguantar y entretener a los niños. Deja que los jóvenes disfruten mientras puedan. Por qué no?

La muerte implacable llegó primero aquí...duendes malignos en el césped por las noches, aullando al lado de ese negrito de acero con ropas de jinete. Tal vez él es el único que aúlla. Espantosos Delirius Tremens y demasiados gruñidos en el club de bridge. Hundiéndose junto con la bolsa de valores. Oh, Dios, el chico ha destrozado el auto nuevo, se ha incrustado en el gran pilar que está en el centro de la carretera. Se ha roto la pierna? Se ha torcido el ojo? Envíenlo a Yale, ellos son capaces de curarlo todo.

Yale? No has leído el diario de hoy? New Haven está bajo sitio. Yale está infestado de Panteras Negras...te lo digo Coronel, el mundo se ha vuelto loco, muy loco. Por qué?; Cómo es posible que una maldita mujer pueda correr en el Derby hoy?

Dejé a Steadman trabajando en el bar Paddock y salí para realizar nuestras apuestas en la cuarta carrera. Cuando regresé, él observaba intensamente a un grupo de jóvenes alrededor de una mesa, no muy lejos de ahí. "Dios, mira la corrupción de esa cara!" susurró. "Mira la locura, el miedo, la avaricia!" Yo miré, y luego me di vuelta rápidamente. La cara que él había elegido para retratar, era la cara de un viejo amigo mío, una estrella del fútbol escolar, en aquellos buenos días, que tenía un elegante Chevy convertible de color rojo y una mano muy rápida, se

decía, para desatar los broches de sostenes tamaño 32B. Lo llamaban "El Hombre Gato".

Pero ahora, una docena de años después, yo no podría haberlo reconocido en ninguna parte salvo aquí, donde tendría que haber esperado encontrarlo, en el bar Paddock, el día del Derby...ojos gordos y sesgados, una sonrisa de chulo, un traje de seda azul y sus amigos mirando como si fueran cajeros de banco corruptos en mitad de una borrachera...

Steadman quería ver algunos coroneles de Kentucky, pero él no estaba seguro de cómo eran. Le dije que regresara a los baños de hombres en el Club y buscara a tipos vestidos con trajes de lino blanco vomitando en los urinarios. "Ellos tienen normalmente grandes manchas marrones en la solapa de sus trajes," le dije. "Pero mira sus zapatos, ahí tienes la señal. Muchos de ellos evitan vomitar sobre sus ropas, pero nunca olvidan sus zapatos."

En un cuarto no lejos del nuestro estaba el coronel Anna Friedman Goldman, Presidente y Guardián del Gran Sello de la Honorable Orden de los Coroneles de Kentucky. No muchos de los 76 millones o más de Coroneles de Kentucky estarían en el Derby ese año, pero muchos mantenían la fe, y varios días antes del Derby se reunieron para su cena anual en el Hotel Seelbach.

El Derby, de hecho la carrera, estaba programada para la tarde, y mientras la hora mágica se aproximaba le sugerí a Steadman que deberíamos pasar más tiempo en el campo, ese océano hirviente de gente que se extendía desde la pista hasta el Club. Él estuvo un poco nervioso respecto a esto, pero ya que ninguna de las horribles cosas sobre las que le había advertido se cumplieron—no hubo protestas, incendios, ni ataques salvajes de borrachos—se encogió de hombros y dijo, "Bueno, hagámoslo."

Para lograrlo tuvimos que pasar muchas puertas, y cada una nos llevaba un paso más abajo en la escala social, después cruzamos un túnel bajo la pista. Saliendo del túnel sufrimos un choque cultural tan grande que nos tomó un tiempo acostumbrarnos. "Dios todopoderoso!" susurró Steadman. "Esto es...Cristo!" Sin pensarlo, se zambulló entre la multitud con su pequeña cámara, caminando sobre los cuerpos, y yo lo seguí, tratando de tomar notas.

Caos total, no hay forma de ver la carrera, ni siquiera la pista...a nadie le importa. Grandes colas en las ventanillas de apuestas, luego parados atrás para ver los números ganadores titilar en la gran pantalla, como en un bingo gigante.

Viejos negros discuten sobre apuestas; "Manténlo ahí, te sostendré esto" (mostrando una pinta de whisky, un puñado de dólares); una niña jugando al caballito, poleras que dicen, "robada de la cárcel de Fort Lauderdale". Miles de adolescentes, grupos cantando "Let the sun Shine In", diez soldados protegiendo la bandera de EE.UU y un tremendo gordo usando una camiseta de fútbol americano azul (Nº80) tambaleándose de un lado a otro con un cuarto de cerveza en la mano.

Aquí no se vende alcohol, es demasiado peligroso...ni siquiera hay baños. Playa Muscle...Woodstock...muchos policías con bastones anti disturbios, pero no hay señal de protestas. Muy lejos, no precisamente aquí, sino cruzando la pista, el Club parece una postal del Derby de Kentucky.

Regresamos al Club para ver la gran carrera. Cuando la multitud se paró para cantar "My Old Kentucky Home" con la bandera en alto, Steadman se puso enfrente de ellos y comenzó a dibujarlos histéricamente. Desde algún lugar de los salones una voz chilló, "agáchate, hippie idiota". El carrera sólo duró dos minutos, y aún desde nuestros asientos de clase privilegiada y

usando los binoculares más poderosos, no había forma de ver lo que estaba sucediendo realmente con nuestros caballos. Dios Santo, el caballo de Ralph, tropezó y perdió a su jinete en la última vuelta. El mío, Pantalla Silenciosa, lideró la carrera hasta la última vuelta, pero cayó al quinto puesto en la recta final. El ganador, llamado Comandante del Polvo, pagaba 16-1.

Momentos después de que la carrera terminara, la multitud se precipitó violentamente hacia las salidas, corriendo para tomar taxis y buses. Al día siguiente el Courier hablaría de violencia en los estacionamientos; mucha gente fue golpeada y pisoteada, robaron muchas carteras, hubo niños perdidos, peleas con botellas. Pero nosotros nos perdimos todo esto, habiéndonos retirado al salón de prensa para beber después del espectáculo. A estas alturas, nosotros estábamos medio trastornados debido al whisky, la fatiga causada por la exposición al sol, el choque cultural, la falta de sueño y la disolución general. Estuvimos dando vueltas por el salón el tiempo suficiente para ver una entrevista al propietario del caballo ganador, un pequeño y elegante hombre llamado Lehmann que decía que acababa de llegar a Louisville esa mañana desde Nepal, donde él "había capturado un tigre gigante". Los reporteros de deportes murmuraron su admiración y un mesero llenó el vaso de Lehmann con Chivas Regal. Él acababa de ganar \$127.000 dólares con un caballo que le había costado \$6.500, dos años atrás. Su trabajo, dijo, era el de "contratista retirado." Y luego agregó con una gran sonrisa dibujada en su rostro, "Me acabo de retirar."

El resto del día fue pura locura. El resto de la noche también. Lo mismo al día siguiente. Ocurrieron cosas tan horribles que ni siquiera puedo pensar sobre ellas ahora, y menos aún publicarlas. Tuve suerte de haber escapado con vida. Uno de los recuerdo más claros que tengo de esos días, es de Ralph siendo atacado por uno de mis viejos amigos en el salón de billar del Club Pendennis, en el centro de Louisville, la noche del sábado. El hombre había rajado su propia polera hasta la cintura antes de imaginar que Ralph estaba detrás de su mujer. No hubo golpes, pero los efectos emocionales fueron enormes. Luego, como si fuera el epílogo final al horror, Steadman puso a trabajar su diabólico lápiz y trató de arreglar las cosas haciendo un pequeño retrato de la mujer a la que le habían acusado de acosar. Tuvimos que huir del Pendennis.

Me desperté alrededor de las 10.30 del lunes en la mañana por un chirrido que provenía de la puerta. Me apoyé en la cama y abrí la cortina lo suficiente para distinguir a Steadman afuera. "¿Qué mierda quieres?", le grité.

"¿Qué hay del desayuno?", dijo.

Me levanté y traté de abrir la puerta, pero se quedó atascada por la cadena de noche y se volvió a cerrar. No fui capaz de sacar la cadena! No había caso con ella—así que la rompí con una furiosa sacudida de la puerta. Ralph no se inmutó. "Mala suerte", dijo.

Apenas podía ver algo. Tenía los ojos tan hinchados que casi no podía abrirlos y la brusca irrupción de la luz a través de la puerta me dejó aturdido e indefenso como un topo enfermo. Steadman estaba farfullando acerca de náuseas y el terrible calor; me senté en la cama y traté de enfocarme en él mientras se movía alrededor del cuarto de forma extraña, hasta que, repentinamente, sacó una Colt.45 y apuntó con ella a un cubo de cerveza. "Cristo," dije. "Estás perdiendo el control."

Él asintió mientras rompía la tapa de la botella, tomando un largo trago. "Sabes, este lugar es realmente espantoso," dijo finalmente. "Tengo que salir de aquí..." él movió su cabeza con nerviosismo. "El avión sale a las tres treinta, pero no sé si pueda soportarlo."

Casi no podía oír lo que decía. Finalmente mis ojos se habían abierto lo bastante para enfocarme

en el espejo que estaba al otro lado del cuarto y quedé sorprendido al reconocer lo que vi en él. Por un momento pensé que Ralph había traído a alguien—un modelo perfecto de esa cara que habíamos estado buscando. Ahí estaba, por Dios—una caricatura hinchada, devastada por el alcohol, enfermiza...la horrible versión animada de una vieja foto, arrancada al álbum familiar de una orgullosa madre. Era la cara que habíamos estado buscando—y era, por supuesto, la mía. Horrible, horrible...

"Quizás deba dormir un rato más," le dije. "Por qué nos vas al "Pueblo del Pescado y la Carne" y comes algo de ese pescado podrido y esas papas fritas? Luego regresas acá y me despiertas cerca del mediodía. Me siento demasiado cerca de la muerte para salir a la calle ahora."

Él movió su cabeza. "No...no...creo que iré a mi cuarto y trabajaré con los bocetos un rato". Él fue a sacar dos latas más del cubo. "Intenté trabajar antes," dijo, "pero mis manos estaban temblando...Es terrible, terrible."

"Tienes que dejar de beber", le dije.

Él asintió. "Lo sé. No es bueno, no es para nada bueno. Pero por alguna razón me hace sentir mejor..."

"No por mucho," le dije. "Tú vas a caer en una especie de histérico Delirium Tremens esta noche—probablemente justo cuando te toque tomar el avión en Kennedy. Ellos te pondrán una camisa de fuerza para reducirte y te arrastrarán hacia Las Tumbas antes de golpearte en los riñones con grandes palos una y otra vez—hasta que te calmes."

Él se encogió de hombros y se fue, cerrando la puerta detrás suyo. Regresé a la cama por otra hora, y más tarde—después del jugo diario de pomelo tomado a la carrera en el Nite Owl Food Mart—tuvimos nuestra última comida en el "Pueblo del Pescado y la Carne": un fino almuerzo de pasta con interiores de res, freídos en abundante grasa.

Para ese momento Ralph ya no ordenaba café; se mantenía pidiendo sólo agua. "Es la única cosa que tienen aquí apta para consumo humano," explicó. Luego, con una hora o más por matar antes que él tomara el avión, pusimos los dibujos sobre la mesa y los examinamos un buen rato, preguntándonos si él había captado el espíritu del Derby...pero no pudimos decidirnos. Sus manos temblaban tanto que él tenía problemas para sostener los papeles, y mi vista estaba tan borrosa que apenas podía ver lo que había dibujado Ralph. "Mierda," dije. "Ambos estamos peor que cualquier cosa que hayas dibujado tú aquí."

Él sonrió. "Sabes—he estado pensando sobre eso," dijo. "Vinimos aquí para contemplar un espectáculo terrible: gente vuelta loca y vomitando sobre sí misma y todo eso...y ahora, sabes qué? Somos nosotros..."

Un gran Pontiac Ballbuster vuela a través del tráfico en plena carretera.

Un boletín nacional de noticias informa que la Guardia Nacional está masacrando estudiantes en Ken State y que Nixon continúa bombardeando Camboya. El periodista conduce, ignorando a su pasajero, que ahora está casi desnudo tras sacarse la mayor parte de su ropa, que sostiene

contra la ventana, con el fin de quitar el olor del Mace. Sus ojos están enrojecidos y su cara y su pecho están empapados con cerveza, que él ha usado para limpiarse del horroroso químico que tiene pegado en la piel. La parte delantera de sus pantalones de lana está húmeda con vómito; su cuerpo es remecido por violentos accesos de tos y ahogados sollozos. El periodista conduce el inmenso auto a través del tráfico y se estaciona enfrente del Terminal, abre la puerta del lado del pasajero y empuja al inglés, gritando: "Lárgate, marica! Hijo de puta pervertido! [ríe enloquecido] Si te vuelvo a encontrar te patearé todo el camino hasta Bowling Green—basura extranjera. El Mace es demasiado bueno para ti...podemos arreglárnoslas sin tipos como tú en Kentucky."